

# tierra firme

## EL VIOLINISTA EN EL METRO

- Esteban: El arte siempre es un convocante. Pero el arte situado en ciertos ambientes, parece que lo dejamos pasar a veces sin pena ni gloria, es el caso de los artistas callejeros que con mucho sacrificio tienen que colocarse en lugares donde es ambiente poco propicio para detenerse, tratar de escucharlos con atención y a veces incluso, no valoramos todo lo que ellos tienen para darnos. Me imagino que al viajar, habrás visto muchos de estos artistas buscando generar que alguien les preste un poquito de atención e incluso ganarse algún peso para poder sostenerse.
- Salvador: Sí, la verdad que hay muchos artistas callejeros y algunos de muy buena calidad. Recuerdo que en el metro de Nueva York, escuchar a algunos saxofonistas tocando jazz, y yo los fui a buscar porque escuchaba el sonido y era maravillosa la forma en que tocaban. Encontré a este hombre tocando su saxofón con el estuche delante de él para que le tiraran algunas monedas, y la gente se paraba para escucharlo. He visto mucho de eso. En el metro de Nueva York hay unos cuantos que son excelentes músicos. Pero lo he visto también en otros lados, he visto señoritas tocando el violín en Italia porque están cursando su curso de música y con eso se sostienen. En Buenos Aires por ejemplo, hubo un músico de bandoneón que tocaba muy bien; yo lo conozco, hace tiempo que no lo veo pero fui amigo de él, y él tocaba tanto tango como Bach. Pero como Buenos Aires es la ciudad del tango, él se ubicaba en la calle y un día alguien lo escuchó tocar y se lo llevó a Alemania. Lo que quiere decir que hay muchos valores callejeros, pero la cosa es si nosotros los apreciamos o no los apreciamos.
- Esteban: En el apuro de andar por la calle de un lado para otro, hacer mandados, pasan un poco como adornos del medio ambiente pero no les prestamos atención.
- Salvador: Hay que fijarnos en cómo funciona la percepción. Ese fue un experimento que quiso hacer Washington Post el 2 de enero del 2007 en el metro de Washington. Pensemos que era una mañana fría (porque estamos en enero del hemisferio norte) y un hombre en esa estación, comenzó a tocar el violín. Tocó exactamente 45 minutos e interpretó 6 obras de Bach una atrás de otra. Se calcula que en esos 45 minutos pasaron 1000 personas por allí. Esas 1000 personas caminaron y ninguna le prestó atención. A los 3 minutos de estar tocando, una persona se paró ante el músico y alteró por dos segundos la marcha nada más y siguió, pero no se detuvo. Dos minutos más tarde el violinista recibió su primera donación, una mujer puso 1 dólar en una lata que tenía delante de él. Unos minutos más tarde

# tierra firme

alguien se paró contra la pared y lo escuchó también durante un rato. El que más lo escucho fue un niño de 3 años al que la madre lo tironeaba para que se fuera pero él quería seguir escuchando, esto se repitió varias veces, a los chicos sí les llamaba la atención el violinista. En el cuarto de hora que estuvo tocando, solo 7 personas se detuvieron, y solo una reconoció quién era. La mujer que lo reconoció trabajaba en el departamento de comercio y llegó casi al final del concierto que estaban dando. Lo interesante es que el que estaba tocando allí era Joshua Bell, uno de los violinistas más importantes del mundo con un currículum extenso, y estaba tocando con un stradivarius que costaba 4 millones de dólares. Nadie sabía quién era, pero resulta que dos días antes había actuado en Washington y la gente había pagado 100 dólares por la entrada para escucharlo. El asunto es que durante esa hora, él almacenó en la lata 32 dólares y algunas monedas, y él decía: no está mal, 40 dólares y no necesito representante. ¿Qué buscaba Washington post ahí? Él quería saber cómo percibía la sociedad, cómo priorizaba la gente y cuáles eran los gustos realmente. La consigna era: en un ambiente banal en una hora inconveniente ¿Percibimos la belleza? ¿Reconocemos el talento en un contexto que es inesperado? Una de las conclusiones puede ser la siguiente: si no tenemos un instante para escuchar a uno de los mejores músicos ¿qué otras cosas nos estamos perdiendo? Es verdad que se habla de la percepción, pero creo que se habla más de lo que es el ser humano que del asunto de la música. Esta es una pregunta que me hago siempre y nunca la hice en la radio; los que pagaron la entrada y entraron ¿realmente lo hacen porque admiran lo que ven o no ven nada? ¿cuántos de los que pagaban por ver a Bell lo hacían porque apreciaban realmente la música? y ¿cuántos lo hacían porque era bueno ir y después comentarle a los amigos que estuvo escuchando a Bell? Yo creo que esta es una de las cosas que no tuvo en cuenta el Washington post, cuánto esnobismo hay en mucha gente que entra a lugares que cuestan mucho y son famosos para mostrar que pueden pagarlo. Como me dijo una vez una persona con la que estábamos haciendo un tour por Europa. Yo iba como guía de un tour señalando cosas, estábamos en Suiza, y allí entró a una casa donde sólo vendían relojes, y compró un reloj, yo no entré a esa casa, me fui a donde había una obra de Picasso, cuando volví le pregunté qué había hecho y me dijo “fui para comprar este reloj”, resulta que yo miré el reloj y era uno que realmente uno también podía conseguir en Buenos Aires y le pregunté cuánto pagó y le dije que en Buenos Aires lo podía conseguir mucho más barato y me dice “sí, pero este yo digo que lo compré en Suiza”. Un famoso economista dice que es “Capitalismo de ficción”, el hecho de que soy importante porque tengo esto, soy importante porque fui a ver a Bell al teatro y pagué 100 dólares la entrada. Ahora, por otro lado, seguramente también pasaron muchos que escuchan música y saben apreciarla y en el momento del apuro que uno tiene la meta ya

# tierra firme

fijada de que tiene que llegar a destino, parecería que la percepción deja de afinarse y pasamos y se corta. ¿Por qué yo muchas veces escucho a los músicos de estos lugares? Porque yo no estoy en ese momento trabajando, no estoy cumpliendo un horario. Si yo tuviera que correr para llegar en hora, tampoco me pararía a escucharlo. Y lo sentiría, porque en la corrida yo escucharía algo que realmente valía la pena pero no puedo porque la sociedad me está exigiendo que yo corra en este momento y tengo que correr porque estoy obligado. Yo respeto al que corre porque el que está corriendo es para ganarse el pan para su familia. Pero también hay quienes perciben solamente en ciertos ambientes porque en esos ambientes es más fácil apreciar la música. Pensemos que si él está en el Lincoln Center tocando, tenemos un ambiente que acústicamente está preparado para que yo aprecie todos los matices de la música, y en un metro donde está lleno de gente y la música está detrás del ruido, a lo mejor no puedo apreciar en toda su riqueza lo que se está haciendo en ese momento. No obstante, el músico que ellos pusieron es un hombre maravilloso, un hombre joven que ya a sus 4 años comenzaba a percibir el tema del violín; el violín lo eligió a él y no él al violín. Tiene un montón de galardones y ha estado en los lugares más importantes del mundo. Ha tocado junto a las orquestas más relevantes del planeta. Él tenía un stradivarius con el cual tocaba en todos lados que salía 2 millones de dólares, y lo vendió al mismo precio para comprar otro stradivarius que valía 4 millones de dólares, es un instrumento de primera. Él comentaba "fue una cuestión de amor, es como si a alguien que se casó dos veces le preguntaran por qué cambió de mujer". Es un hombre enamorado de su música y lo que hace. Eso va en la calidad del artista. Él usa un arco del siglo XVIII que es uno de los arcos más reconocidos entre los músicos. Es un músico de corazón y tiene los elementos más importantes. Cuando el Washington post lo eligió para ponerlo allí, no lo eligió por nada, sino que estaba poniendo a uno de los violinistas más importantes del mundo y que con eso podía medir realmente qué grado de percepción tiene la gente cuando las sacamos de su ambiente.

Esteban: Hacemos una pequeña pausa mirando el talento en el contexto y cómo eso impacta en nosotros de manera diferente.

PAUSA

Esteban: Apreciar una obra de arte, un virtuoso en un instrumento musical, tiene mucho que ver también con el contexto en donde estamos, y eso lo dejó en claro el experimento que Washington Post realizó con el violinista norteamericano Joshua Bell en un metro para mostrar algunas conclusiones de cómo nos comportamos según dónde nos encontremos, y a veces prestar atención o no al arte y la belleza cuando está presente

# tierra firme

delante de nuestros ojos y tal vez no sabemos o hay algo que nos impide percibirlo.

Salvador: Resulta que las conclusiones finales de todo esto nos llevan a otras preguntas, y a mi lo que me interesa es la otra pregunta, la pregunta que surge después del experimento que es la más incisiva de todas, es: “¿Qué otras cosas nos estamos perdiendo?”. Si no logramos ver eso, ¿cuántas otras cosas nos estamos perdiendo?!

Esteban: A veces me pasa, al llegar a la oficina de aquí donde grabamos nuestros programas, me doy cuenta que vine desde mi casa casi que en piloto automático. y ¿qué hice en el medio?! Es como que manejé y no vi nada al rededor mio porque solamente estaba focalizado en llegar a la oficina nada más.

Salvador: La psicología dice que la conciencia del hombre se puede fijar en un punto y solamente en uno, no vemos lo que está sucediendo a nuestro alrededor, entonces la pregunta es muy pertinente ¿qué otras cosas nos estamos perdiendo? ¿qué otras cosas valiosas están pasando alrededor nuestro que porque estamos como piloto automático como decís vos, no nos damos cuenta? Ese es un signo de la adultez, uno de los detalles más interesantes del experimento, es que los que más querían pararse a escuchar eran los niños. Lewis Carroll cuando escribe Alicia en el país de las maravillas y habla del crecimiento de la persona, el crecimiento ¿cuándo comienza? cuando pasa un conejo con un reloj y pregunta la hora porque está muy apurado porque llega tarde. Ser consciente del tiempo es lo que nos lleva a la adultez. Jonathan Swift en Los viajes de Gulliver, dice que él tiene un ídolo que lo lleva puesto en la muñeca y lo consulta constantemente, y creo que muchas veces está esa idolatría de la velocidad y resulta que nos estamos perdiendo de muchas cosas. Yo a veces comento, cuando llega la primavera a Buenos Aires, que florecen los Jacarandá y le dan a la ciudad ese tono celeste/violáceo, y hay zonas en donde están uno al lado del otro y se forma una alfombra celeste de la hojas que van cayendo y un cielo celeste, y es uno de los espectáculos que a mí más me conmueven a tal punto que cuando tengo que organizar mis conferencias y mis viajes, lo organizo de tal forma de estar en noviembre en Buenos Aires y cuando me preguntan ¿por qué?, porque tengo que ver los Jacarandá florecidos. En mi infancia, cuando era chico, había un Jacarandá, y fue muy importante porque estaba a unos escasos 5 metros de la puerta de mi casa en la calle y florecía y para mi era la llegada de la felicidad, la llegada de la primavera y todo eso, me parecía genial ese mes de noviembre. Son muy pocos días, serán dos semanas en las que están en su esplendor, pero muchas veces cuando tengo que hacer algo durante ese tiempo, tengo que estar con público, les digo: por

# tierra firme

favor, miren los Jacarandá, no dejen de mirarlos. No nos podemos perder la gloria de todo lo que nos rodea y todo lo que Dios puso al alcance nuestro porque estamos corriendo. El Jacarandá está silenciosamente allí y nos está diciendo que Dios todavía tiene confianza en nosotros porque está haciendo surgir una primavera nueva. Yo recuerdo que tenía la escuela a dos cuadras de mi casa, entonces yo juntaba mis cosas y salía corriendo, y paraba un momento al dar la vuelta en el jardín porque había un aroma que me detenía y era que habían florecido los jazmines. Mi madre tenía una mano maravillosa para cultivar y había puesto ese jazmín que daba un montón de flores. El color de los Jacarandás y el perfume de los Jazmines para mi son algo irresistible, es algo que necesito tener cada primavera, y no lo dejo pasar, porque me parece que tenemos tan poco tiempo para tantas cosas que no podemos negarnos a disfrutar de eso; o negarnos a nuestros hijos y no poder disfrutar su infancia. Mi nieto menor tiene 8 años, y desde que tenía 5, yo me cito con él y nos vamos a tomar un café juntos y converso con él, ¿cómo me voy a privar del hecho de estar allí? Yo creo que Dios nos ha dado un montón de cosas que tienen que sorprendernos y no nos sorprenden porque estamos corriendo. En algún momento tenemos que parar para ver esa bendición de Dios sobre nuestra vida. Tenemos muchos problemas y muchas cargas, pero cuando yo mido una cosa y otra, me doy cuenta que en las cosas simples hay una tremenda bendición de Dios en algo que no cuesta dinero, como puede ser el perfume de un Jazmín, la flor de un Jacarandá, o como puede ser sentarme con un chico a hablar y sorprenderme de esa visión deslumbrante que tiene del mundo porque recién está despertando. Creo que Dios es generoso con nosotros, solo que a veces pasamos y no nos damos cuenta de que Dios está allí. Un día Jacob vio la escalera que subía y bajaba del cielo y se conmovió profundamente, y él dice: Dios estaba aquí y yo no lo sabía. Tengamos cuidado de que no estemos pasando por el mundo donde Dios está ahí y nosotros no lo sabemos. Detengámonos para mirar a ese Dios que siempre está presente, siempre nos está bendiciendo y nunca está callado.